

Discurso Acto de investidura Doctor Honoris Causa Juan Mayorga

Mesa presidencial

Dña. Santiago Muñoz Machado, director de la Real Academia Española

Dña. Rebeca de Juan, vicerrectora de Calidad y Acreditación

Dña. Rocío Muñoz, Vicerrectora de Tecnología

Dña. Elena Maculan, Secretaria General

Autoridades del Gobierno, del Parlamento, y de la Comunidad de Madrid que nos acompañan

Alcaldes y alcaldesas de los municipios de Madrid

Autoridades civiles y militares

Comunidad universitaria de la UNED

Equipo de gobierno

Rectoras y rectores honoríficos

Decanas, decanos y directoras y directores

Personal docente e investigador

Personal Técnico de Administración, Gestión y Servicios

Estudiantes

Directores, profesores tutores y PTGAS de los centros

Señoras y señores

Queridos y queridas compañeras y amigos que nos estáis siguiendo a través de Canal UNED

Quiero comenzar expresando mi agradecimiento

- A todas las personas que hacen posible que el acto se desarrolle tan satisfactoriamente:
 - Intérpretes de lengua de signos
 - Equipo de UNED MEDIA
 - Ordenanzas, maceros, jardineros, personal de mantenimiento y de seguridad

- Equipo de protocolo
- Coro, que nos deleita en cada uno de los interludios

Saludo al Director de la Real Academia Española

Permítanme que mis primeras palabras sean para saludar al Director de la Real Academia Española. Me siento muy honrado por su presencia en este acto tan significativo para nuestra comunidad universitaria.

Son muchas las convergencias que nos unen pues en las dos instituciones que tenemos el orgullo de representar reside la palabra, esa palabra racional que nos permite generar conocimiento y desarrollar un concepto integral de la cultura abierta a la innovación, conducente hacia la modernización crítica y presidida por la excelencia académica y la calidad.

Por ello, Sr. Director, está Usted en su casa. Sea siempre bienvenido a la UNED, que es su Universidad.

Salutación personal Juan Mayorga

Conmemoramos en este día nuestro homenaje al cautivador mundo del teatro y el arte, expresamos nuestro respeto por el papel demiúrgico de la palabra, capaz de modelar nuestro pensamiento y dar forma a nuestra visión del mundo, compartimos nuestra emoción ante la invención, la creación de historias, de personajes, de escenarios... de universos propios y singulares, pero abiertos a todos. «Quien no inventa no vive», frase con la que Matute comenzó su discurso de aceptación del Premio Cervantes y resumía su actitud ante la vida y la literatura. Y Carmen Martín Gaité decía que “vivir es no tener prisa, contemplar las cosas”. Esas llamadas a inventar y contemplar de Matute y Martín Gaité se unen a la obra de Mayorga, que nos interpela ofreciéndonos espacios de reflexión y criticidad haciendo aprecio a la imaginación creativa y a la curiosidad intelectual y aunando la Matemática y la Filosofía con el Arte y Técnica del teatro al servicio de la ciudadanía

En tal contexto es para mí un placer y un honor muy especial la celebración de hoy, que tiene por objeto distinguir con el máximo galardón de nuestra Universidad a Juan Mayorga: uno de nuestros dramaturgos referentes en el ámbito español y latinoamericano, como ha glosado el profesor Romera en su *Laudatio*.

Su nombramiento viene a ser un ornato sin igual dentro de nuestro Claustro, al que otorga una luminosidad, inteligencia y singular erudición comunicativa. Querido Dr. Mayorga, es un honor contar con su presencia en nuestro Claustro de Profesores y poder disfrutar y aprender de su magisterio. Muchas gracias por aceptar nuestra distinción

Las palabras, los silencios y la memoria: un mapa llamado esperanza

Contexto: La cartografía de un mapa llamado Esperanza

Vivimos en un mundo fragmentado, como afirmaba Pere Quart, un mundo dividido -dividido por esos surcos que separan a la opulencia y la miseria, al ansia de dominio y la impotencia, a la ilusión de vivir y la desesperación- un mundo fragmentado y herido en el que parece premiar la inmediatez, la capacidad de presión y de transgresión de límites establecidos, el ejercicio de la autoridad con mano dura, la arrogancia, la apatía cómplice y el avasallamiento. Y, sin embargo, lo que probablemente más necesitamos es precisamente lo contrario: espacios de pausa y contemplación, un respiro que nos permita recuperar la serenidad y la templanza; la reflexión pausada y ecuánime, la prudencia y el pudor. Así como el inteligente cuestionamiento del pensamiento crítico compartido que nos ofrece el teatro mayorgiano.

En este contexto escénico actual, cuando pienso en la obra de Juan Mayorga, imagino un mapa extendido sobre la mesa de la conciencia y quisiera en mi intervención compartir con Uds. e invitarles a diseñar la conciencia presente en la cartografía de un mapa que hoy que se torna más que necesario en estos momentos: la cartografía de la Esperanza, donde cada coordenada es un dilema moral y cada escena, una llamada a la responsabilidad del espectador. *“En el teatro todo responde a una pregunta que alguien se ha hecho. Como los mapas”*, una pregunta hacia el mejor futuro que nos adviene.

Este mapa de la esperanza no representa territorios geográficos sino regiones del alma, de las palabras, su reverso, los silencios, la memoria, la verdad, la escucha, la prevalencia de la razón, la emoción y el corazón, orientados al progreso de las sociedades y al entendimiento entre quienes las forman; un mapa que reivindica el coraje de la virtud individual y civil, orientada por el deseo ejemplar de la excelencia y la comprensión constante de nuestros límites; un mapa que reclama el respeto a la integridad física y a la dignidad inalienable de todas las personas, pueblos y culturas; un mapa que nos apela a entusiasmarnos y maravillarnos ante lo desconocido, ante la búsqueda de la verdad, que es la quintaesencia de la investigación.

Cada coordenada de este mapa de la esperanza no solo nos orienta, sino que nos interroga delimitando no solo un espacio físico sino un límite moral: como en *Los yugoslavos*, donde los personajes intercambian mapas para no perderse en la ciudad ni en sí mismos; o en *El arte de la entrevista*, donde la cámara —otra forma de mapa— traza un itinerario de preguntas y heridas; o también en *Himmelweg (Camino del cielo)*, donde el mapa del lenguaje se convierte en instrumento de dominación; o como en *El cartógrafo (Varsovia, 1:400.000)*, el mapa que dibuja la niña es un acto de resistencia frente al exterminio, un testimonio silencioso de lo que no debe perderse.

Con el eco de estas reflexiones y declinaciones, en lo que sigue, deseo, a la luz de la inspiradora obra de Juan Mayorga y con la voz presente a modo de

constante de su maestro Walter Benjamin, compartir las coordenadas, los límites de la geografía de este mapa de la esperanza, en el que, como rector, estoy plenamente implicado.

El compromiso social

Este mapa de la esperanza ocupa un territorio situado entre los extremos del dogmatismo, egocéntrico y arbitrario, y el relativismo, fruto de la apatía cómplice, la falta de criterio e incluso el narcisismo pusilánime, y traza un camino que aspira a saber más y mejor con un compromiso social destacado, denunciando con valentía la sevicia de los tipos más repudiables de la sociedad, como hace Mayorga con los pederastas en *Hamelin*, o condenando la barbarie de la violencia indiscriminada y de la deshumanización, como hace Mayorga en *Himmelweg (Camino del cielo)* y *El cartógrafo-Varsovia, 1:400.000*, o, logrando remover nuestras conciencias, como en *Palabra de Perro*, donde, basado en el Coloquio de los Perros de Cervantes, Mayorga mezcla aquí el humor negro y la estupefacción de estos personajes-animales de corte kafkiano, sorprendidos de ser unos perros que hablan, de manera tal que se ponen a mirar hacia atrás haciendo memoria hasta que descubren que antes eran hombres que a fuerza de ser tratados como perros han devenido tales recordándonos que hay seres humanos que en la actualidad viven y mueren por debajo del umbral de la pobreza y que están sometido a condiciones infrahumanas.

Se podría pensar que tal es justo el caso análogo e inverso de su obra *La Tortuga de Darwin* en que una tortuga de unos 200 años ha llegado a devenir mujer. Una situación para la cual Mayorga subraya la difícil complicidad que la actriz ha de lograr con el público dispuesto a fingir que la cree igual que ella finge su personaje. Ello merced a los desdoblamientos y desplazamientos de suma inteligencia con que Mayorga nos interpela hacia el compromiso social y a no dejar nuestra tarea en manos de una creencia: la creencia en el *Progreso como involución*, que arrasa el pasado, y nos invita a crear una balanza, a modo de equilibrio, entre Pasado y Futuro, que dialogan, se escuchan. Así surge la rememoración, el compromiso ético de la memoria.

La memoria como imperativo ético

Como parte de este compromiso social, no nos sorprende que Mayorga haga suya la tesis de Walter Benjamin sobre la escuela según la cual “la escuela no debería ser el lugar de dominio de una generación sobre otra sino el lugar de encuentro entre generaciones”, una afirmación que nos lleva a explorar otra coordenada de nuestro mapa: la memoria y el tiempo.

Mayorga nos recuerda que también nosotros estamos llamados a ser cartógrafos de la memoria. Dibujar un mapa es comprometerse con la búsqueda de sentido, es decidir qué merece ser recordado y qué no debe repetirse.

Como apunta Gutiérrez Carbajo en su brillante edición crítica de la obra de Mayorga, a Juan Mayorga le preocupa mucho dejar testimonio de la historia, de los tiempos que han trazado nuestra trayectoria vital porque, como diría Emilio Lledó, “somos lo que hemos sido”, que se completa con la afirmación de Caballero Bonald: “Somos el tiempo que nos queda”. En esta sociedad hiperventilada, es necesario, por tanto, traer el tiempo pasado a alterar nuestro presente, hacer contemporáneos los hechos pasados posibles de nuestro propio tiempo, para, en definitiva, vencer al dominio del tiempo cronológico de la superación y dejar ser a la posibilidad de eso que Benjamin llamaba “Tiempo Mesiánico” (Deja ser a la ausencia que, como un rayo o un fogonazo, puede entrar en cualquier momento por cualquier apertura de la Historia y del Lenguaje)

“Todos los hombres son tus contemporáneos, también los hombres del pasado (...) -todos ellos personajes de alguna de mis obras- son mis contemporáneos, y también los hombres del futuro. Escribo también para ellos, con la ambición de que mis textos venzan al señor tiempo”

En *La tortuga de Darwin*, Harriet proclama la necesidad del imperativo ético de la memoria, y comenta que la suya es tan dura como una segunda concha. Su memoria le recuerda que tiene una deuda con los muertos y que “olvidarlos sería darles una segunda muerte”. Por eso dicen Mayorga y Benjamin que hay que cepillar la Historia a contrapelo, para que las víctimas que han quedado atrás puedan ser escuchadas.

O incluso en la memoria como un testimonio silencioso para que “no se repita nada que no debe repetirse”, se cifra una lección de humanidad: recordar es resistir y resistir es una forma de esperanza. En *El cartógrafo* una niña dibuja la ciudad de Varsovia mientras su mundo se derrumba convirtiendo cada línea del mapa en un latido contra el exterminio, lo que nos recuerda que también nosotros estamos llamados a ser cartógrafos de la memoria.

Igualmente, esa imagen evocadora en *El arte de la entrevista*, en el que Mayorga nos recuerda que el tiempo, como el espacio, puede reconfigurarse si nos atrevemos a mirar desde otro punto de vista. La entrevista es, entonces, una cartografía del alma: una exploración de las zonas ocultas de la memoria y de los silencios familiares que todavía reclaman palabra. A través de las grabaciones, las tres mujeres protagonistas descubren que el pasado no está cerrado, que puede reescribirse, que aún es posible encontrar caminos hacia la reconciliación. Ese mapa del tiempo no se dibuja con tinta, sino con palabras, con silencios y con lágrimas. Se reivindica la cultura del encuentro, el disenso y la reconciliación.

La mentira: la postverdad

Pero no todos los mapas conducen a la verdad. En *Himmelweg (Camino del cielo)*, el lenguaje mismo se convierte en un mapa falso, una cartografía del engaño. Allí el mapa es instrumento de mentira, y el teatro, perversamente, se

convierte en cómplice de la falsificación. Frente a ese mapa de la desmemoria, nuestro mapa de la Esperanza levanta su propia cartografía de la verdad, tejida con las coordenadas del rigor, la coherencia y la exactitud.

En un intento de ocultar, banalizar y maquillar la realidad, asistimos a la imposición de una pretendida corrección política que, lejos de enriquecer el debate, se convierte en una nueva y sutil forma de censura. Esta amenaza no es un hecho aislado, sino un síntoma de un mal mayor: el avance indiscriminado de la pseudoinformación acrítica, fruto del adanismo, prepotente e ignorante y la falta de rigor.

A nosotros en este momento nos corresponde, mediante el método científico, aportar la luz precisa para impedir que el oscurantismo se imponga, que la mentira enseñoree la opinión pública y la falta de rigor prevalezca sobre el conocimiento empírico. En este sentido, quizá convenga recordar la reflexión de Machado, quien, con suma clarividencia, afirmaba que “para nosotros, difundir y defender la cultura son una misma cosa: aumentar en el mundo el humano tesoro de conciencia vigilante”. Y apelo a que mantengamos viva esta conciencia vigilante para interpretar la vida y defender inequívocamente y colaborar en la regeneración de los ideales humanos que conforman el patrimonio moral y cultural de las sociedades

La palabra y la paz

En este mapa de la esperanza racional que estamos diseñando a la luz del pensamiento de Mayorga, late el papel demiúrgico de la palabra racional y democrática. En el siglo V a. C., el formidable sofista Gorgias escribió: «la palabra es un poderoso soberano; con un cuerpo pequeñísimo y del todo invisible, ejecuta las obras más divinas: quitar el miedo, desvanecer el dolor, infundir alegría y aumentar la compasión».

El eco de estas ideas resuena con fuerza en la obra de Mayorga quien subraya el valor de la palabra que domina la escena *“no es aquella que todo lo dice porque todo lo sabe, sino una palabra insuficiente y dañada. Una palabra herida, incapaz de hacerse cargo de este mundo, y sin embargo, capaz de mostrar -más que de decir- otros mundos... En las fronteras de nuestro lenguaje se hacen visibles otros lenguajes, otros mundos. No es opacidad, sino una nueva transparencia lo que llega a escena*

Convendrán conmigo que en esta sociedad que cada día se asemeja más a un acelerador de partículas, esa palabra “insuficiente y dañada” abierta a nuevos mundos y posibilidades es una coordenada esencial de nuestro mapa de la Esperanza. Esta palabra racional y democrática permite tejer alianzas y pactos en torno a las culturas de la no violencia, la no discriminación fanática, el respeto, la tolerancia, la paz, y hasta el carácter de la moderación reflexiva, mediada y calma, que reclama el tiempo del sosiego en la lectura y el estudio. Igualmente, esa palabra racional y democrática que nos permite tomar conciencia del cuidado de la Diferencia, de la Alteridad, sirviendo como última frontera – lo podemos

decir sin jactancia- frente a proyectos que pretenden socavar el pensamiento crítico, restringiendo no solo libertades y derechos, sino también el poder de la imaginación creativa y la curiosidad intelectual. En suma, la palabra constituye el mejor antídoto frente a la arrogancia, la soberbia, la sevicia, la inmediatez precipitada de los juicios, la apatía cómplice e incluso el narcisismo pusilánime, que pisotean los jardines de la palabra incurriendo en el desprestigio de la bondad y quebrantando los mejores sentimientos de los que la humanidad, en tantos momentos de la historia, ha hecho gala.

Los silencios

Y, no nos debe sorprender que este mapa de la Esperanza Racional que comparto con Uds. nos lleve inexorablemente desde la palabra a su reverso, el silencio. Conviene recordar a Octavio Paz cuando nos dice *que la palabra es hija del silencio: nace de sus profundidades, aparece por un instante y regresa a sus abismos*.

Como nos recuerda Fraijoo, *y es que tal vez los momentos más intensos que ha vivido la humanidad, han sido sus silencios*. Es cierto que la vida en su brutalidad y en su belleza a veces nos deja sin palabras. El silencio y las palabras. Y es que probablemente siempre son necesarias las dos melodías: la del silencio y la de la palabra.

Mayorga nos recordó que “el teatro, arte de la palabra, es también el arte del silencio. En teatro, el silencio se escucha. Se pronuncia” y añade “ el teatro, encuentra en "silencio" la más conflictiva de sus palabras: esa que puede enfrentarse a todas las demás”

Así, en su discurso de ingreso en la Real Academia Española, significativamente titulado *Silencio*, Juan Mayorga pronunciaba con potente y erudita voz las innumerables declinaciones del Silencio recorriendo la historia de la literatura teatral más destacada: desde los trágicos griegos pasando por Calderón, Shakespeare, Lope de Vega, hasta los contemporáneos Lorca, Brecht, Kafka, Beckett, Miller... para subrayar las contraposiciones de la retórica del silencio que canta y calla; del público que calla porque escucha; **o del Silencio** en la Mística, citando a Calderón: “El idioma de Dios es el silencio”, que apreciamos en *La lengua en pedazos*. Teresa de Jesús se enfrenta al Inquisidor en un duelo verbal que es, en el fondo, una batalla por el sentido de la palabra. Pero la verdadera revelación no surge de lo que se dice, sino de lo que queda suspendido entre ambos. Es en las pausas, en el aire que los separa, donde la fe y la duda se reconocen como hermanas.

En *El chico de la última fila*, el silencio es el espacio de la mirada. Mayorga nos advierte aquí de los peligros de mirar sin escucharse, de escribir sin ética. En esa clase donde las palabras se multiplican, el silencio se convierte en conciencia crítica, en umbral de la responsabilidad. En *El arte de la entrevista*, el silencio se hace herida. Las tres mujeres que juegan a entrevistarse ante una cámara descubren que cada palabra dicha puede destruir, y cada palabra callada puede salvar.

En nuestro mapa de la Esperanza, siguiendo a Mayorga, el silencio no es lo contrario de la palabra, sino su raíz, ese “saber mudo”, al que se refería Ortega.

“El silencio también es una respuesta”, dice Mayorga. Y así lo es: una respuesta a veces más elocuente que el discurso, porque en su hueco resuena lo que la palabra no alcanza. El silencio sostiene, como un suelo invisible, el inmenso edificio del lenguaje. De él brota la palabra justa, la palabra que no busca imponerse sino revelar. Por eso, en este mapa que comparto con Uds., hablar es siempre un acto de riesgo, y callar, una forma de pensamiento.

Ya Mayorga nos advirtió de una anfibología solo dirimible por el contexto diferencial, entre “El guardar silencio” al que obliga e impone el poder autoritario que no imagina ni consiente contestación, como en *La Casa de Bernarda Alba*; y “El guardar silencio” que resguarda y ampara lo sagrado indisponible y no instrumentalizable: lo indecible y su misterio... en el silencio

La razón y el corazón: hacia una Sociedad con Alma

Y voy acercándome con el eco de las palabras y sus silencios, que defienden la prevalencia de la razón, del razonamiento, y que nos recuerdan que su potencial emancipador no se activa sin la emoción y el corazón. Y, de nuevo, Walter Benjamin establece las coordenadas de nuestro mapa de la Esperanza al reclamar la cultura del corazón para alcanzar “medios limpios de acuerdo”, que nos recuerdan que la pacificación de cualquier conflicto comienza por el reconocimiento de la dignidad del otro, que la atención a los argumentos que defienden otros no es lenidad ni debilidad, que la diversidad no puede ser penalizada sino que favorece al bien común., una cultura del corazón que fecundando/cultivando/promoviendo existencias que se den la mano, promoviendo, y ahora surge la voz de la malagueña María Zambrano, “una razón con entrañas”, “una razón que no humille a la vida”.

En nuestro mapa, se entrecruzan la memoria, la palabra y el silencio, la emoción y el corazón: la palabra que nombra y el silencio que permite oír lo que aún no tiene nombre. Si la palabra dibuja los contornos del mundo, el silencio lo llena de profundidad. Ambos —palabra y silencio— son las coordenadas de una geografía que no pertenece al pasado ni al futuro, sino a la posibilidad misma de la esperanza.

La esperanza

La memoria, la verdad, la palabra, el silencio y la emoción definen la geografía del mapa de la esperanza, el territorio donde la palabra y el silencio se reconocen, donde el yo y el otro se encuentran sin perderse; un territorio que reclama un suplemento, el “suplemento del alma” que, en palabras de Fraijoo, es hacer sitio a la verdad, a la paz, a la justicia, a una fundamental igualdad entre todos los seres humanos, a la concordia y a la filantropía.

Un mapa que, al igual que el teatro de Mayorga, no ofrece respuestas, sino preguntas que iluminan. Y en cada pregunta hay un camino hacia el porvenir. Recordad la frase de Alejo Carpentier en *Los pasos perdidos*: «La máxima obra propuesta al ser humano es la de forjarse un destino» Mientras que

Mayorga interpreta con Benjamin que si bien no podemos ser optimistas sí podemos “Organizar el Pesimismo” y abrir lugar a la esperanza.

Hoy, al recorrer ese mapa de palabras y silencios, comprendo que el futuro no se nos entrega hecho: se escribe. Se escribe con palabras que no teman el silencio, con silencios que no renuncien a la palabra. El teatro de Juan Mayorga nos recuerda que la esperanza no es una certeza, sino una tarea. Y que esa tarea comienza cada vez que alguien escucha.

Conclusiones

Voy concluyendo.

Hoy, el doctor Juan Mayorga viene a honrar con su presencia y con su magisterio este Claustro excelente de profesores, maestros e investigadores que conforman ese cielo de la excelencia racional y libre.

Muchas gracias en nombre de la comunidad universitaria de la UNED, querido Dr. Mayorga, querido Juan.

Comenzaba mi discurso interpeándoles a compartir un mapa que nos alumbraba hacia la Esperanza Racional sembrado por las Palabras, los Silencios, la Memoria, el Corazón, que nos recuerdan que la concordia y la filantropía son una alternativa prevalente al poder y sus luchas. Como tan magistralmente lo expresó Pablo Neruda en sus memorias (*Confieso que he vivido* - 1974), donde destaca su compromiso con las palabras: “...Salimos perdiendo... Salimos ganando. Se llevaron el oro y nos dejaron el oro. Se lo llevaron todo y nos dejaron todo... Nos dejaron las palabras”.

Frente a la confusión e incertidumbre de los tiempos, frente al ruido que amenaza con ahogar la voz humana, reivindico la necesidad de un nuevo mapa: un mapa de la escucha, de la atención, del respeto, del pudor. Solo así podremos orientarnos hacia un futuro donde la palabra vuelva a ser encuentro y el silencio, refugio. Solo así, sobre el papel de la escena y de la vida, podremos dibujar — como aquella niña del gueto, como cada dramaturgo que sueña con el otro— la geografía de la esperanza.

Y con estas palabras, antes de retornar a la sabiduría del silencio, termino con una reflexión:

Este mapa de la Esperanza, como cada mapa de Mayorga está, por tanto, inacabado. Como sus obras, permanece abierto al trazo de quien las contempla. En esas geografías fragmentarias se encuentran la memoria, la palabra y el silencio, la emoción y el corazón: la memoria que intenta decir, la palabra que no hiera, el silencio que preserva lo indecible, la mirada que reconoce. Y entre ambas, como horizonte último, aparece la esperanza.

Porque quizá la esperanza —esa palabra que tantas veces tememos pronunciar— sea, en realidad, el nombre del mapa que aún estamos dibujando. Un mapa sin fronteras, hecho de voces que escuchan y de silencios que comprenden. Un mapa donde la memoria sea un espacio de resistencia crítica y capacidad de convivencia evitando la repetición de los errores del pasado; donde el teatro y la vida, ese territorio del encuentro, nos recuerde que siempre es posible comenzar de nuevo.

Y que ese mapa inacabado que comparto con todos Uds. ya lo estamos trazando juntos en la UNED y que con dificultades y en medio del dolor inmenso ahora del mundo, es mi aspiración que nos oriente con la humilde convicción de quien traza, sobre el papel del tiempo, un mapa que lleva escrito un solo nombre: esperanza, “el sueño de un vigilante” como la denominaba Aristóteles.

Quisiera que esa aspiración hiciera las veces de punto final (o de puntos suspensivos) de mis palabras.

Muchas gracias.